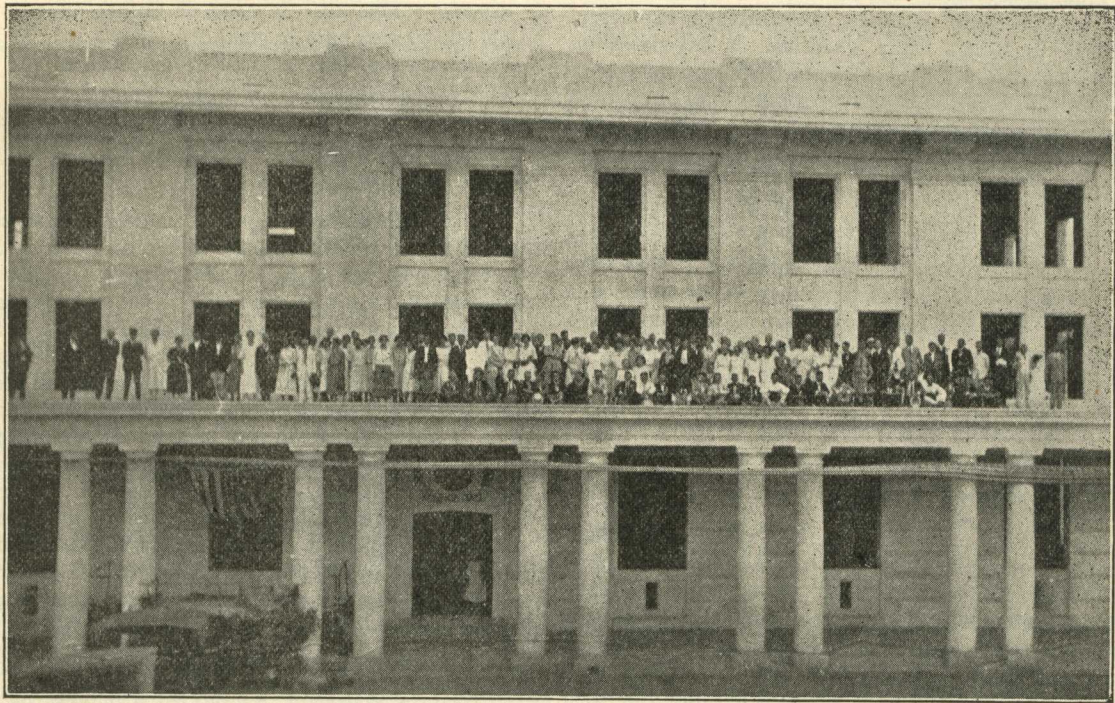




Año XII

Ponce, Puerto Rico, Julio 25, 1923

Núm. 2



Concurrentes a la Cuarta Conferencia Veraniega, frente al hermoso edificio del Instituto Politécnico, donde se verificaron las sesiones de tan entusiasta reunión.

Amigo que me lees, cualquiera que seas, rico o pobre, sabio o ignorante, negro o blanco; el Señor Jesús te llama y quiere que le abras. Es en verdad el llamamiento de amor que se hace a los pecadores; no se hace a los justos, porque éstos no lo necesitan, según dijo el Salvador. Ahora bien, es necesario que sepamos que somos pecadores y que estamos destituidos de la gloria de Dios. Rom. 3:23. Necesitas uno que te pueda salvar. Tu alma es inmortal y ésta vivirá en eterna condenación si no crees en Cristo. Escucha, pues, querido amigo, a Cristo que te dice en este momento: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo."

No recibimos su llamamiento por el Angel del Señor como en los antiguos tiempos, pero sí lo recibimos por su Palabra. El Evangelio es la bendita Palabra de Dios, y él nos dice que Cristo salva, pues que ésta fué su misión. Léase Luc. 19:10. Cualquiera de los que hoy día pretenden ser los representantes de Dios en la tierra, se presentaría con mucha pompa; Cristo se presenta a la puerta como un Salvador humilde que dice: "Hijo mío, permíteme que more en tí." ¡Cuántas veces habrás oído la Palabra predicada, lector amado, y a Cristo llamándote! ¡Qué llamamiento más tierno! No es el de un tirano que desea hacerte esclavo, pero sí el de un Salvador amante que quiere librarte del poder de Satanás. "Así que si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres."

Dios nos llama también por los acontecimientos que tan a menudo se suceden. Nos manda de vez en cuando aflicciones; éstas no son casualidades como muchos creen, nada de eso. Son permitidas por el Padre Celestial para que nosotros entendamos a su llamada. Cada una de sus manifestaciones, ora sean para afligir, ora para alegrar, son avisos de que Cristo está a la puerta y llama.

También creo firmemente que cuando cometemos actos denigrantes y sentimos en nuestro ser interno algo que nos reprende, eso no es otra cosa que el llamamiento. Este despertamiento de conciencia nos hace comprender que somos verdaderos "trapos de inmundicia," y que por lo tanto es nuestro deber dar entrada a Cristo a fin de que seamos limpios de nuestro pecado.

Lector amado, no quiero terminar este corto y sencillo trabajo sin antes repetirte las mismas palabras de nuestro bendito Salvador: "He aquí, yo estoy parado a la puerta, y llamo: si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo." Deja, pues, que Cristo se entronice en tu corazón. Responde a su llamada.

Lllaman, llaman, ¿quién va allá?
¡Abran, abran! ¿quién será?
"Soy un huésped muy hermoso
En el mundo sin igual;
Mi semblante es cariñoso,
¿No podré pisar tu umbrar?"

Lllaman, llaman, ¿quién va allá?
¡Abran, abran! aún está.
"¡Oh que puerta tan cerrada!
¡Cuán difícil es de abrir!
Mi visita es despreciada,
No me quieres recibir."

Lllaman, llaman, ¿quién va allá?
¡Abran, abran! no se va!
"De rocío estoy bañado;
No me canso de esperar;
¡Ay del corazón helado,
Que me llegue a rechazar!"

Para los Niños

A cargo de Abelardo M. Díaz Morales.

LOS VIDRIOS Y LOS NIÑOS.

Una Mujer Previsora y un Policía Diligente.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

En cierta ocasión una mujer pobre pasaba por uno de los parques más concurridos de Londres. De pronto se detuvo, y abajándose con presteza, echó en su delantal algo que había hallado a su paso.

El ojo vigilante de un policía activo observó los movimientos sospechosos de la mujer, la cual iba vestida de harapos, que le daban la apariencia de una mendiga o una ratera.

Presumiendo que se había apoderado de objetos valiosos, como una cartera llena de billetes, joyas preciosas o cosas parecidas, el policía se fué inmediatamente detrás de la supuesta ladrona.

Llegando cerca de ella, le gritó con voz estentórea y severa: "¡Oiga! ¿Qué ha echado Ud. hace poco dentro del delantal?"

Y la mujer, temblando de pies a cabeza, no se atrevió a decir una palabra. El policía estaba convencido de que sus sospechas se habían confirmado completamente. Entonces, con más severidad aún, la amenazó diciendo: "Muéstreme lo que Ud. ha cogido en el parque o la llevaré ahora mismo a la cárcel."

Esta vez sus palabras tuvieron mejor efecto. La mujer, sin protestar, pero más tranquila que antes, abrió el delantal para que él pudiese ver lo que contenía: ¡una pequeña colección de vidrios rotos!

Aunque muy desilusionado el policía por no poder prestar el servicio que esperaba, preguntó, entre sorprendido y burlón: "¿Para qué diablos Ud. cogió esos vidrios de allí?"

Seguramente que él pensaría que se las estaba dando con una loca víctima de la manía de las colecciones raras; pero muy pronto se daría cuenta de que no era así.

Ella le contestó con serenidad y dulzura inefables: "Señor policía, quité los vidrios de allí, para que los niños descalzos no se hirieran con ellos."

Esta sencilla historia ha pasado de un continente a otro continente y del idioma inglés al idioma español. Y así continuará pasando de pueblos a pueblos y de lenguas a lenguas.

Nadie o casi nadie conoce el nombre de la heroína, pero su acción noble y sabia probablemente se perpetuará en la memoria de las generaciones venideras, y especialmente en el corazón agradecido de los niños.

Los vidrios son peligrosos en todas partes, pero particularmente en la calle. Los vidrios son peligrosos para todas las personas, pero, ante todo, para los niños.

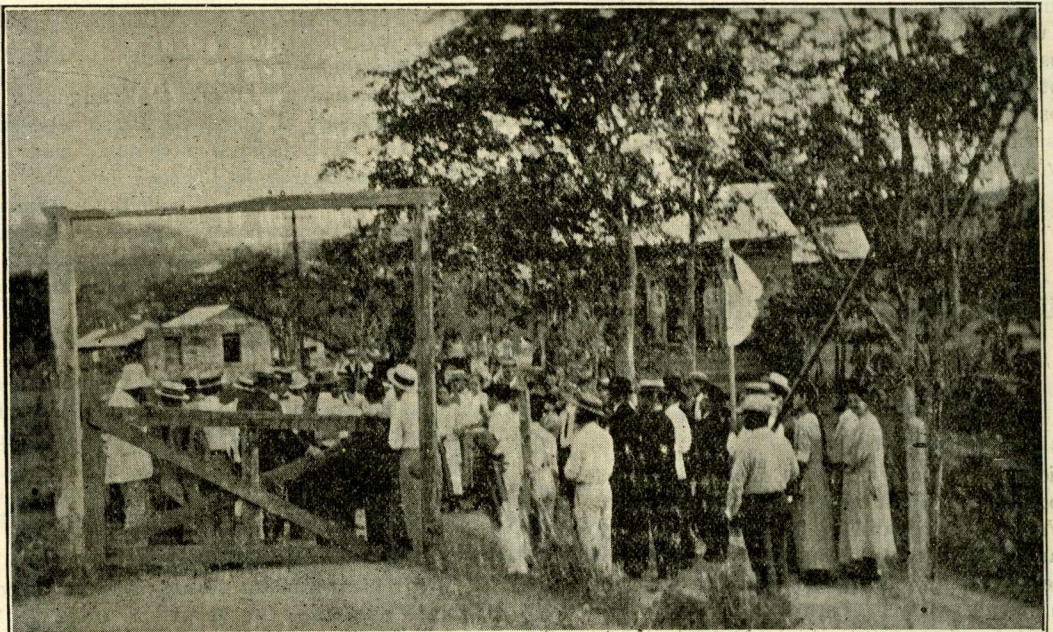
Y la cuestión aparentemente insignificante de los vidrios es, en verdad, una cuestión fundamental, pues la actitud de los hombres hacia ellos divide la humanidad en los tres grandes grupos siguientes:

(Sigue en la página 14.)

La Cuarta Conferencia Veraniega.



Jóvenes del Instituto Politécnico que atendieron tan acertadamente al comedor y que se captaron la simpatía de todos.



En marcha para el monte donde en cada Conferencia se ha celebrado una simpática fiesta, nunca faltando el sabroso lechón asado.